

Este último, a pesar de la animosidad que también hay allí contra los West-coast, triunfó con una orquesta de un ajuste impresionante, con buenos solistas, especialmente dos saxos y un trombón, que siento no recordar sus nombres.

A algunos de ellos ya les habíamos escuchado en Nueva York antes del Festival, y a otros como, por ejemplo, Telonius Monk o Miles Davis los buscamos en Nueva York después del Festival para poder seguir escuchándoles. Y los encontramos ya que como disponíamos de buenos amigos y guías relacionados con el jazz, no nos era difícil conseguir localizar a los músicos que nos interesaban. Así el propio Gerry Mulligan fue amigo y compañero casi a diario, durante más de un mes de estancia en Nueva York, y creo que ninguno de nosotros olvidaremos nuestras jam sessions mano a mano con él, con Art Farmer, Chico Hamilton, Tonny Scott, Henry Grimes, Dave Bailey y otros.

Después del Festival de Newport nos quedamos aún algunos días en Nueva York, ensayando solamente un par de horas por la mañana, y tomamos parte en programas de Televisión en Color con Bob Crosby.

Nuestra orquesta tuvo éxito, mucho y de verdad, pero... desde luego no tuvo el que en realidad se merecía. Modestia aparte, era un grupo magnífico, sonando a orquesta de las buenas (musicalmente mejor que muchas de las que había por allí). Pero carecíamos de dos cosas muy importantes: director y arreglos. No quiero decir con esto que Marshall Brown no sea un buen director, pero creo que sus disciplinados procedimientos son más adecuados para adiestrar una orquesta militar. Bueno, basta decir que lo que no conseguía hacer sonar él en una semana de ensayo, lo conseguía Bill Russo en una hora.

Y en cuanto a los arreglos, estaban todos cargados de tecnicismos West coast y no eran apropiados para ser presentados en un festival de jazz. Sólo se salvaban algunos, entre ellos tres o cuatro europeos de Jack Sels y de Maxim. No pretendo con estas declaraciones quitar mérito a los arreglos de Bill Russo, excelentes musicalmente, pero que no dicen nada como jazz, y conste que me duele tener que reconocerlo, ya que nos hicimos buenos amigos.

Después de haber tomado parte en este Festival de Newport como representantes de España en la International Band, muchos han sido los que me han formulado la pregunta que sigue:

—Bueno, amigo Vlady, y de tu actuación ¿no nos dices nada?

—No sé qué decir, no me gusta el autobombo, y por otra parte yo no soy quien para juzgarme. «Soy muy amigo de mí mismo» y me puedo equivocar. Sólo sé que había una gran expectación por escucharme, o mejor, por escuchar a un español, y que hablaban mucho de una técnica que de verdad quisiera tener. Dicen que en la televisión en color tuve una actuación formidable con unos solos imponentes, pero, «dicen»... yo no recuerdo nada, sólo sé que no veía nada, que los focos quemaban como infiernos y que cerré los ojos cuando me puse en pie para improvisar mi solo.. Además, nunca estoy contento con lo que hago, y después de haber escuchado a tantos solistas de primera fila...

VLADIMIR BAS ZABACHE

El mal llamado Jazz moderno

Viene de la página 2

pura esencia lo que este famoso quinteto está grabando e interpretando? ¡¡¡No lo es ni lo será jamás!!!

Las causas de que existan tantos «aficionados» a la música de Jazz de los estilos llamados modernos no son otras de que se ha hecho una propaganda desmesurada, continuada, año tras año, hasta conseguir desorientarnos a todos—a excepción claro está, de la última legión de «fans» que sólo han escuchado a estos últimos—. Los que peor encaminados están sobre música de *Jazz auténtico* son los que se han aficionado al «Jazz moderno», ya que no saben digerir al verdadero y lo que es peor, no lo escuchan porque creen que el bueno, el mejor, es el mal llamado «Jazz moderno».

Si los millones de discos de Jazz grabados 20 años atrás, pudieran ser grabados tocados igualmente, con los mismos instrumentistas y con todos los adelantos técnicos y trucajes de la actualidad, ¿dónde habría ido a parar el llamado «Jazz moderno»?

Comparen, amigos míos, comparen la música de Jazz de los primeros pioneros de nuestra música con la llamada «Jazz moderno» actual y comprenderán muchísimas cosas sin tener necesidad de que se las repitan.

Pasa lo mismo, exactamente lo mismo, como dice mi admirado crítico Hugues Panassié, con el Dixieland y el Nueva Orleans. Todos sabemos cuál es el verdadero y cuál el ficticio.

Para colmo, eso es ya demasiado, algunos han llegado a decir—por suerte no ha sido escrito—que el director de moda en España, Carosone, hacía música de Jazz. Cosa nada extraña, mirando las cosas tal y como están en la actualidad y los mares de confusión en que se encuentran los que entran como «reclutas» en las legiones de aficionados a la música de Jazz.

Hora sería ya de poner remedio a este mal que acabará, y no lo duden Vds., minando nuestros cimientos, tan duramente conquistados y aposentados, a través de tantos y tantos años de lucha de unos pioneros, que gracias a su música de Jazz, nuestro Jazz, lanzaban al mundo sus penas y sus alegrías, y lo que es más serio y bello: sus cantos de rebeldía hacia una civilización que sólo lo es de nombre.

RAMON ROCA CASTELLA

Duke Ellington en Europa

Viene de la página 3

liente y redonda, es un buen improvisador. Cat Anderson, que no es, como tantos otros, un simple acróbata del registro sobreagudo sino un gran «swingman» y un eminente especialista de la sordina «wa-wa». Clark Terry, deslumbrante técnico, con una sonoridad «mate» que hace pensar a veces que toca la corneta, en vez de la trompeta, músico lleno de hallazgos y humor. En realidad, sería un problema decir cuál de estos cuatro trompetas es el mejor.

La sección de trombones, sin ser tan fecunda en grandes solistas, cuenta con Quentin Jackson, notable especialista del estilo «wa-wa» género Tricky Sam (en esta especialidad Jackson es superior a su predecesor Tyree Glenn). Britt Woodman es un virtuoso capaz de impregnar un gran swing en un estilo muy directo.

La sección de saxos no es menos excepcional que la de los trompetas. Creo innecesario hacer resaltar las extraordinarias cualidades de Johnny Hodges y Harry Carney, dos de los jazzmen que han sabido conservar mejor la llama, el fuego sacro de la juventud. Es interesante notar a este particular que los discos que Johnny Hodges continúa grabando bajo su nombre (con parte de la orquesta Ellington) figuran entre los mejores